

cubrirla con un ligero bigote, aparecía por encima, demostrando la inutilidad de los esfuerzos con que pretendía esconderla.

En cuanto á los demás rasgos de su fisonomía, todos armonizaban con la graciosa gentileza de su persona.

Ahora que le conocemos física y moralmente, volvamos al lecho donde le tiene postrado la enfermedad.

Mientras el doctor Alonso le pulsaba, Blanca dió algunas órdenes á sus criados, y luego, volviendo á la cabecera del lecho, dijo procurando variar el timbre de su voz:

—Ha venido V., doctor, como llovido del cielo.

—¿Y por qué, señora?

—Muy sencillo; tengo orden de la señora condesa para trasladar á este caballero á la habitacion que ocupará desde hoy, y necesito saber si está en disposicion para ello. Y además deseo saber si la ciencia de V. alcanza á curar al mismo tiempo que los males del cuerpo, los del alma.

—Segun y conforme; en cuanto á lo primero: diré á V. que con las precauciones debidas, puede trasladarse el enfermo desde un lecho á otro y desde una á otra casa; por supuesto, haciéndolo bajo mi vigilancia.

—Corriente: en cuanto á eso, estamos conformes; ¿y V., amigo mio, nos prestará su asentimiento para esta inesperada traslacion?

—Yo á mi vez responderé con el doctor, segun y conforme. ¿Quién es la persona que ha dispuesto esto y bajo qué condiciones me apartan de la modesta morada donde he vivido hasta hoy con el fruto de mi trabajo?

—La protectora de V. y de toda su familia.....

—Yo no tengo familia, dijo con ímpetu el jóven interrumpiendo á la fingida vieja.

—Bien, la que protege á los que han pasado por sus padres, es la condesa Blanca la Estranjera.

—Conozco su nombre; ¿y qué desea esa señora de mí?

—Hacer á V. su pintor, concediéndole treinta mil reales anuales, casa y mesa, con la condicion de hacer los trabajos que le man-

de, antes que otros, pagándoselos, por supuesto, separadamente segun su mérito.

—¿Y nada mas? ¿no se exige de mí otra cosa? preguntó el jó- ven clavando en Blanca una mirada escrutadora, y procurando re- cordar aquella espresion de ojos y aquel timbre de voz.

—Si no le agradan estas condiciones, V. mismo fijará otras; lo que yo puedo desde luego asegurarle es que mi señora solo desea tener un pintor de reconocido mérito, siempre dispuesto á ejecutar sus órdenes.

—En ese caso, estoy á su disposicion y desearia saber á quién debo este inmenso favor; ¿quién ha hablado de mí á la señora condesa?

—Tránsito; una hermosa niña, hija del marqués de Blancarosa. ¿La conoce V.?

—Sí, señora; mas no creí se ocupase tanto de mí.

—Pues á ella debe V. y toda la familia de Adalberto el cambio de fortuna que van á experimentar.

—¿Y debo vivir con los que han sido mis padres hasta hoy? vol- vió á preguntar Ildemaro

—¿Lo desea V.?

—No, señora, porque me han ocultado una cosa que yo tenia derecho á saber.

—Habia llegado á comprender que no era el resentimiento uno de los defectos de su corazon, por lo general noble y generoso, le dijo Blanca deseando calmar la hondísima amargura que revelaban las palabras del jóven.

—Los desengaños y las penas acabarán por viciarme.

—Es muy difícil torcer en un momento el árbol que creció re- cto desde la niñez, ¿no es verdad, amigo doctor? ¿y no es cierto que usted se encarga de curar física y moralmente á este caballero?

—Casi lo aseguro, desde que he comprendido que sus heridas tienen origen en el amor propio, sin embargo de que son las mas difíciles de curar.

—Puede V. imaginarse que una de ellas me ha puesto á las puertas del sepulcro.

—Ya lo sé, contestó el doctor.

—Pero ignoraba V. la causa.

—Al contrario, la sabía perfectamente.

—¡Cómo! ¿si no ha salido de mi pecho?....

—Pues vea V., esa es la ciencia; la he adivinado.

—¡Imposible!

—¿Quiere V. que se la refiera?

—Sí, señor, dijo el jóven con viveza.

—Usted le dirá una y yo otra, añadió Blanca.

—Corriente, replicó el doctor.

Luego, sacando un papel de su cartera, leyó:

—«Señora: el enfermo que V. E. me ha recomendado tan eficazmente, es un jóven pintor, que reúne al impresionable y tierno corazón de una dama, el carácter enérgico y vigoroso de un hombre de honor.

» Su enfermedad tiene origen en una pasión profunda, volcánica. Se ha enamorado de una jóven que no solo no le ama, sino que sin pensar siquiera en el amor que ha inspirado, se ha casado con otro.»

—Eso no es cierto, interrumpió el jóven; lo sabía, ó por mejor decir, lo leyó en mis ojos.

—Pero no dió á V. ninguna esperanza de correspondencia, replicó el doctor.

—¡Es verdad! exclamó con tristeza Ildemaro.

—Prosiga V., dijo Blanca.

El médico siguió leyendo:

—«La conoció en casa de una honrada señora que vive en la calle de Embajadores; allí se reúnen por la noche varias jóvenes de modesta fortuna, y Blanca era una de ellas; nuestro enfermo no pudo resistir la influencia magnética de su mirada y la amó con delirio.

» Ella se lo merecía, es hermosísima; no tiene mas falta que el color de su tez demasiado moreno, pero que no forma discordancia con el color negrísimo y brillante de sus ojos.

» Por no avivar el fuego que sin pretenderlo había encendido en

el corazón sensible de Ildemaro, dejó de asistir á la tertulia y se enlazó al esposo con quien tenia proyectado su casamiento.

»Al recibir esta fatal noticia, que le quitaba toda esperanza, el jóven pintor sufrió un choque violento, hubo un momento de crisis y se declaró un ataque cerebral que le ha tenido á las puertas del sepulcro.

»Segun las órdenes de V. E., me constituí á la cabecera de su lecho, empleando todos los recursos de la ciencia para salvarle, lo cual, con la ayuda de Dios, he conseguido; ahora nos falta borrar de su corazón ardiente y apasionado el gérmen de ese amor tan puro, tan grande..... y que desgraciadamente no puede hallar correspondencia.

»Soy con la mayor consideracion humilde y S. S.

Q. S. P. B.

El doctor Alonso.»

Cuando el doctor terminó la lectura, dijo á Ildemaro:

—Este es el borrador de la carta que dirigí anoche á su protectora la condesa Blanca la Eranjera.

—Veo con sorpresa cuán enterado está V. de mi secreto, y me maravilla en mayor grado porque yo no creo haberle revelado á nadie.

—No faltó en aquellos dias quien leyera en sus ojos y en su fisonomía todas las impresiones de su alma.

—¡Tránsito quizá!.... ¡cuánto la debo!....

—Puede ser; á los ojos de una muger nada se escapa.

Blanca y el doctor se miraron con inteligencia; Ildemaro se mostraba agradecido de Tránsito, y del agradecimiento al amor no hay gran distancia.

Este era el terreno á donde querian conducirle.

—Ahora me toca á mí sondear otra de las heridas de su corazón, dijo la fingida vieja.

—Veamos si tiene V. tanta penetracion como el doctor.

—Es mas reciente, y no tan profunda como la otra, ¿me engaño?

—No, señora; prosiga V.



Lit. Laballe, r. Monserrate, 3.

¿ Quien es V. señora, que así conoce mis sentimientos?
interrumpió Ildemaro.

—Es preciso que sepa V., amigo doctor, que este caballerito es muy orgulloso.

—Se le conoce.

—Pero no es el orgullo necio y presumido de muchos fátuos que le fundan en su amor propio, no; Ildemaro posee en alto grado la altiva dignidad del hombre de honor, del hombre que con su conciencia limpia tiene la firme persuasión de haber cumplido siempre con su deber.

—¡Oh! ¿quién es V., señora, que así conoce mis sentimientos?... interrumpió el jóven mirándola con admiración.

—Creo haber dicho antes, y V. lo ha oído, que estoy al servicio de Blanca la Estranjera: soy su limosnera particular, y me dedico por encargo suyo á buscar la indigencia para socorrerla, los dolores para calmarlos, y las lágrimas para enjugarlas con el doble manto de su caridad y de su amor.

—¡Pero esa señora es un ángel!... y tiene en Vds. los mas dignos intérpretes de sus generosos sentimientos.

—Lo que hoy hacemos con V. y con Adalberto, se hace diariamente con veinte familias; mas, nos apartamos de la cuestión.

—¡Oh! sí; continúe V. leyendo en mi alma.

—Pues como iba diciendo: V. es muy orgulloso y se hallaba envanecido con la noble honradez de sus padres; agobiados por la desgracia, quedaron pobres, y V. se constituyó en su apoyo, en el báculo de su débil ancianidad. Una de las causas que le han hecho triunfar de su enfermedad eran ellos.... «por mis padres viviré» ha repetido V. muchas veces en su delirio, y con la indomable energía de su carácter y de su orgullo, ha sacudido V. la fiebre que le mataba, proponiéndose olvidar un amor desgraciado, atesorando en su pecho el caudal de inmensa ternura que los autores de sus dias le inspiraban, y con el potente vigor de su genio artístico, levantarse sobre la multitud, creándose una posición y un nombre que poder ofrecer en cambio de su solicitud y sus cuidados á los venerables ancianos que le llamaban su hijo.

—¡Ah! sí, sí, ¡ese era mi único, mi constante pensamiento!....

—Y ya no lo es; ha sufrido V. en un momento una transformación completa. Al entusiasmo ha sucedido la apatía, á la energía la debilidad, y todo porque Adalberto ha dicho «Ildemaro no es mi hijo.....»

—Y ha continuado diciendo: «Ildemaro es hijo del crimen, del misterio; su padre, el conde del Olivo, no le quiso dar ni aun su nombre, y en el momento de nacer, le arrojó en brazos de la caridad para no volver á recordar la mísera criatura que condenó á un duelo eterno, sellando su frente con la vergüenza del expósito.....»

La sobreescitacion del jóven al decir estas palabras, era estremada; enronquecida su voz, alterado el pulso, febril la mirada, hizo temer al doctor un nuevo ataque, por lo cual se apresuró á esclamar:

—Vamos, hijo mio, cálmese V. y comprenda que como reciente, es exagerado su sentimiento.

—No lo crea V., doctor; esta ha sido para mí una grave contrariedad que ha de influir mucho en mi vida.

—¿Y quién sabe, amigo mio, cuál será todavía el destino de V.? le dijo Blanca.

—Le preveo muy triste y muy amargo; la sola idea de que no tengo nombre..... no tengo padres que se envanezcan con mis triunfos, no tengo un seno cariñoso donde reclinar mi frente cansada por el insomnio y la fatiga de un estudio continuo, esto solo es bastante para amargar todo mi placer, para enervar la fuerza de mi genio, para quitarme de la mano la paleta y los pinceles.

—Y dígame V., Ildemaro: ¿no ha sentido V. nunca en su pecho la ambicion de gloria? Esa llama divina que inspiró á Calderon su Vida es un Sueño; á Rafael su mágica Perla; á Colon la idea de un mundo, haciéndole atravesar en un frágil barquichuelo las embravecidas ondas del inmenso Océano; la que guió á Napoleon en la campaña, ciñendo despues á sus sienes la diadema del imperio; ¿no ha sentido V. nunca, como esos grandes hombres, un deseo infinito de hacerse superior á todos?....

—Sí, señora, le he sentido; anhelaba la gloria, y todo mi afan

era que la primer corona me la presentasen mis padres, la segunda mi amor!.... ¡pero todo me ha faltado!....

—¡Le queda á V. su genio y un mundo á quien asombrar!.... Destierre V. esa apatía, esa cobarde enervacion de los sentidos, y álcese sobre todos grande y fuerte. El estudio le llama, el arte es su carrera; láncese, pues, sobre esa senda que otros han recorrido, siga sus huellas y encontrará al fin de su destino un porvenir de gloria.

Así podrá V. crearse un nombre ilustre, mucho mejor quizá que el de su familia, y sobre todo se le deberá V. á sí propio, á sus esfuerzos y á su talento.

Si no tiene V. padres que le amen, la patria le abrirá sus brazos, le cubrirá de laureles, envaneciéndose feliz y regocijada con las obras y los triunfos del mas predilecto de sus hijos....»

Blanca se espresaba con notable energia; adivinó un genio en Ildemaro y se propuso protegerle y estimularle para que no se dejase abatir.

Lo consiguió por completo; sus elocuentes frases produjeron un efecto mágico en el jóven; la miró con entusiasmo y exclamó en un arranque vigoroso:

—¡Ah, señora! ¡Bendita sea mil veces la hora en que he visto á V.!... Sus generosas ideas, sus nobles palabras infiltran en mí mismo un nuevo sér..... parece que mi alma se eleva..... se engrandece, y siento las fibras todas de mi corazon estremecidas: mil pensamientos á la par bullen en mi mente, y el fuego de la inspiracion me abrasa!.... ¡Oh!.... sí, sí, tiene V. razon, ¡la patria será mi madre!.... yo debo crearme un nombre;... pero un nombre grande, inmortal..... para que mi amiada, mi heróica madre pueda envanecerse de su hijo!....

Un ligero desvanecimiento hizo caer á Ildemaro sobre la almohada. El doctor, inclinándose, exclamó:

—Esto no es nada; ¿podemos trasladarle?

—Sí, todo está dispuesto; dos criados aguardan.

—Este jóven es un ángel; tiene un corazon de oro, dijo el doctor.

—Es un hermoso brillante encerrado en una tosca corteza, es un genio artístico de primer orden, que yo haré brillar para orgullo de nuestra patria..... murmuró Blanca con alegria.

CAPITULO XIII.



La tía Lentejas.



ENETRAREMOS por primera vez, si el lector se digna acompañarnos, en la morada de fray Severo.

Segun hemos dicho en otra ocasion, vivia en la casa contigua á la de Marciana, en la calle de Embajadores.

Enemigo de tener vecinos que fiscalizasen su conducta, alquiló para él solo los dos pisos bajo y principal de que se componia la casa, comunicándose entre ambos por medio de una escalera que hizo construir en el interior, quedando sin embargo espeditas las puertas de los dos cuartos que salian á la escalera principal.

El portal era bastante ancho: por la derecha se subia á las habitaciones; por la izquierda se entraba á un patio que comunicaba con el jardinito de Marciana. Ésta era la propietaria de una y de otra casa, debiendo sin duda tener sus razones para ello cuando se negó siempre á cerrar las comunicaciones que entre ambas existian.

Cuando D. Severo quiso mudarse porque no se encontraba á gusto donde vivia, por los muchísimos vecinos curiosos todos y entrometidos que tenian, le dijo su ama de llaves la tia Lentejas:

—Yo sé de una casa desalquilada, que es muy á propósito para su merced.

—¡De veras! ¿y dónde? la contestó el lego fijando en ella sus chispeantes y diminutos ojos.

—En la calle de Embajadores.

—No me disgusta; sin ser enteramente solitaria, está bastante retirada de este bullicio que reina en el centro de Madrid. ¿Y qué proporcion tiene?

—Piso bajo y principal únicamente; V. puede tomar uno ó los dos, si le acomodan por vivir solo.

—¡Qué me place!.... me quedaré con los dos; ¿rentan mucho? porque esta es la cuestion capital.

—¡Ya lo creo!.... ¡como si su merced fuera un pobre infeliz!.... ¡Vaya!.... ¡vaya!.... ¡siempre con miserias y economías!....

—¡Y qué quieres, muger!.... es preciso economizar.... están muy malos los tiempos, y yo no soy rico.... ya lo sabes.

—En fin, la casa de mi amiga Marciana no hará mucha mella en su bolsillo, porque renta poco mas ó menos lo mismo que esta; lo mejor es que vayamos á verla, y V. se arreglará con la casera.

—Corriente, vamos ahora mismo; ¿y dices que es amiga tuya?

—Sí, señor; allá en nuestras mocedades nos queriamos mucho; pero luego ella se casó, y yo me fui por otro camino, de modo que no hemos vuelto á tratarnos hasta poco tiempo hace que la casualidad nos reunió en una iglesia. Nos conocimos, en seguida trabamos conversacion y desde entonces voy á su casa muchas tardes á tomarme una jicarita de chocolate con bizcochos. Porque ha de saber su merced que la Marcianica se ha enriquecido; mientras yo he ido cada dia mas pobre. Tiene dos casas: la que habita y la que nosotros vamos á ver en este momento.

Mientras esta larga relacion, la tia Lentejas se habia puesto encima de su raído traje de alepin negro un pañolon de estambre

oscuro, cubriendo sus canosos y envejecidos cabellos con una mantilla de tafetan guarnecida con una blondita estrecha, que apenas tendria media cuarta. Tal sería, que se echaba el velo por la cara y le llegaba á la nariz, dejando en descubierto una boca hundida y asquerosa, adornada en las estremidades por dos colmillos únicos que la habian quedado y que, segun decia, la causaban mas estorbo que beneficio.

Este era su sempiterno traje; lo mismo le llevaba en verano que en invierno.

Don Severo se puso una levita negra bastante deteriorada, cubrió su negra peluca con un mugriento sombrero de copa, y apoyándose en su baston, salieron á la calle.

Renata no estaba todavia con ellos.

Llegaron á casa de Marciana; ésta, que aguardaba la visita y tenia interés en hacerlos quedarse con la habitacion contigua, los recibió con mucho agasajo.

—Vamos, vamos á verla, dijo D. Severo despues de los primeros cumplimientos.

—Vamos allá, contestó Marciana tomando las llaves y poniéndose un pañuelo en la cabeza.

Salieron á la calle, y subiendo por la misma acera unos cuantos pasos mas arriba, detuviéronse ante una puerta de modesta apariencia. Abrió Marciana y entraron en el portal.

A la derecha estaba la escalera, al pié de ella el cuarto bajo, que se componia de una sala grande, dos gabinetes, dos alcobas, un despacho, un comedor y la cocina.

Estas tres últimas piezas tenian réjas al patio; las demás á la calle.

El principal constaba de tres ó cuatro habitaciones mas y una galería bastante larga que atravesaba toda la casa y desde cuyo extremo se veia el jardín de Marciana.

La distribucion, el silencio, y sobre todo el no haber ningun vecino, le agradó mucho á D. Severo, y despues de regatear bastante por el precio, al fin se quedó con ella.

Pocos dias despues, se instalaron definitivamente allí; y la buena

tia Lentejas, por invitacion de Marciana, empezó á bajar todas las tardes á tomar el chocolate con ella.

Esta costumbre les dió cierto carácter de intimidad, creyendo casi un deber de amistad confiarla todos sus secretos y los agenos.

Un dia bajó muy preocupada y la dijo:

—¡Ay, Marcianica, amiga! ¡cuánto te tengo que contar!....

—¡Sí! ¡vaya, vaya!.... muger; pues dime; precisamente estoy ansiosa de noticias, la contestó Marciana con socarronería.

—Mira: si te parece, tomaremos antes chocolate;.... ese pícaro viejo me tiene muerta de necesidad.

—Eso es una infamia;.... cuando tú le sirves con toda fidelidad y eres una buena ama de llaves, ¿por qué no ha de corresponder á tus méritos, siquiera con su proceder justo y digno?....

—¡Eso digo yo!.... pero, hija.... en tocándole al bolsillo, no tenemos á nadie. La avaricia es su elemento.

—¡Pobre hombre! hace mal; sin herederos forzosos, ¿para qué quiere lo que tiene?

—¡Calla!.... ¡no me digas nada, muger!.... ¡pues si ahora nos sale con una sobrinita que se nos ha presentado anoche como llovida del cielo!....

—¡Qué dices! ¿una sobrina?....

—Sí, una niña de quince á diez y seis años, muy tímida, muy inocente, que se ha criado en el campo y no cuenta con mas recurso que su tío, ¡válgame Dios!.... ¡y qué tío!.... ¡Si no viera yo en ello un parentesco mas cercano!....

—¡No seas maliciosa, Lentejas!.... ¿quién sabe si será verdad?...

—En fin, ya veremos; por mí te aseguro que maldito si me agrada la compañía; con mi galleguito que fregue y me haga la compra, estaba bien, sin necesidad de cuidados ni embelecocos.

—Acaso sea una obra de caridad; creo que D. Severo, en medio de su miseria, es caritativo.

—Sí, sí, ¡buena caridad!.... si la sobrina no es sobrina ni otra cosa, algun fin se lleva, ya veremos.

—En fin, tú siempre estarás alerta, obrando segun convenga á tus intereses; ahora vamos á tomar el chocolate. Trae aquí, hija

mia, ponlo sobre este veladordito, que la señora Lentejas esté á gusto.

Diciendo esto, Marciana tomó la bandeja que la presentaba Ernesta y la puso delante de su amiga.

—¡Muchas gracias, muger!.... ¡válgame Dios!.... ¡qué buena eres!.... no sé cómo agradecerte tantas atenciones; si no fuera por tí, mas de cuatro veces me desmayaba de necesidad.

—Harias mal, ya sabes que mi despensa está siempre á tu disposicion; al cabo hemos sido siempre amigas y de algo ha de valer la amistad.

—Es verdad; pero yo no puedo corresponderte; soy una pobre infeliz, sin mas que el miserable sueldo que tarde, mal y nunca me dá ese mezquino fraile.

—Yo estoy contenta con tu confianza, con ser la depositaria de tus secretos.

—Eso sí, desde luego, en tu pecho vierto yo mejor mis cuitas que en el de un confesor.

—¿Y te parece que esto no me halaga?... mucho mas que cuanto pudieras darme.... Mira, aquí tienes mas bollo y bizcochos tambien, á tí te gusta tomar el chocolate á pulso, no lo dejes.

—Tienes razon; tú adivinas mis gustos, y luego haces que me pongan una jícara frailerá, que cabe un cuarteron.

—¡Pobrecilla! como tienes tantas privaciones, quiero que disfrutes algo de lo que esté en mi mano proporcionarte.

Con estas cosas tenia tan seducida la astuta Marciana á la tia Lentejas, que sabía por ella cuanto necesitaba acerca de D. Severo y de todos los actos de su vida.

A los pocos dias de estar Renata en casa del ex-fraile, bajó el ama de llaves á depositar en el seno de su amiga un nuevo secreto.

—¡Sabes, amiga Marcianica, que nos engañamos el otro dia al suponer interesado al lego por la niña!.... la dijo con misterio.

—¿Sí? ¿qué me cuentas?... ya me lo figuraba yo.

—¡Pícaro viejo!.... ni siquiera la permite asomarse al balcon;

encerrada la infeliz en su cuarto, se pasa los días, no la pone en su mesa, y la mira peor que si fuera una estraña.

—¿Y qué debemos juzgar de esto? exclamó Marciana.

—¡Qué sé yo!.... para mí esa niña es algun depósito que le confiaron, y se ha debido cansar de hacer gastos por ella en el pueblo, y se la ha traído aquí.

—¿Y qué razon tienes para figurarte semejante cosa?

—Una muy sencilla que te la voy á contar. Anoche vino á buscar al amo uno de esos matones de Lavapiés con mucha fachenda y malos humos. Se llama Tragabombas, le ¡conozco porque no es la primera vez que le he visto en casa. Preguntó por el amo, y despues de pasar recado, le introduje á su despacho. El demonio de la curiosidad me detuvo á la puerta, y aunque el señor la cerró por dentro, me fuí á la de la alcoba y escuché la conversacion que sigue:

—«Buenas noches, D. Severo, dijo el hombre sin quitarse el sombrero.

—¡Hola, Tragabombas!.... ¿cómo por aquí á estas horas?

—Vengo á que me dé V. el piquillo de nuestra cuenta, porque francamente, me hace falta.

—Yo creí que habia quedado saldada.

—¡Quiá! no, señor. Ya dije á V. que buscaria unas apuntaciones que me faltaban, y aquí están.

Desdobló un papel y leyó:

«Por caprichos de Renata en los diez y seis años que la he tenido, tal como juguetes y objetos que ha roto.	4,000 rs.
Cuenta con la lavandera, planchadora y costurera en los dichos diez y seis años.	6,000 «
Idem..... idem por la peinadora, incluso peines y pomas.	3,000 «
<hr/>	
Restan á mi favor. Total.	10,000 «

—¡Jesús!.... ¡hombre!.... ¡Jesús! ¡con qué peticiones que vienen!.... yo creí que todo eso habia entrado en la pension que mensualmente os he satisfecho por ella.....

—No, señor; aquello era por la manutencion solamente, y en verdad que no estuvo su merced muy generoso, porque el favor que hemos hecho merecia pagarse con mas esplendidez.

—¿No estás contento?... ¿y la proteccion que siempre te he concedido?... ya sabes que si no hubiera sido por mi influencia, estarias á estas horas en presidio, ó en el patíbulo quizá, por el negocio aquel de los conventos.

—¡Digo!... ¡Cuernos de vaca! pues si yo canto claro, y espeto á la justicia el misterio de la niña, ¡qué sería de su merced!...

—¡Chist!... habla bajo..... pudieran oirnos.....

—¡Ya!... ya..... ese es el miedo que V. tiene..... á mí, maldito lo que se me dá..... al fin y al cabo siempre será V. uno de aquellos perros que no acabamos de matar porque Dios no quiso. Conque al avío; vengan los diez mil que me corresponden y luego el agradecimiento ó voluntad, y tan amigos como siempre.

—Ahora no tengo dinero..... ya te lo daré otro día.

—¡Nones!... no me muevo de aquí ¡cuernos de vaca! de los frailes renegados como su merced no hay mucho que fiar.

—Te aseguro pagártelos mas adelante.

—He dicho que nones..... y aquí me planto. Vengan ó le denuncio á la justicia.

—Te pierdes tú conmigo; ya sabes que á hechos y encubridores, pena por igual.

—Con tal de que á V. le corten la cabeza, soy yo capaz de consentir me corten un brazo.

—¿Tan mal me quieres?...

—Mientras me pague V. puntualmente, no señor: pero en faltándome, ¡zurriago! no transijo.

—Ya tienes recibidas bastantes pruebas de mi generosidad, y aunque siempre estás sacando nuevas cuentas, te las pago sin replicar; pero ahora no tengo dinero; espérame siquiera hasta mañana.

—Si salgo de aquí sin el dinero, ya puede V. escapar por otra puerta; pues la justicia entrará por la principal.»

—Al llegar aquí, dijo la tia Lentejas, sentí que mi amo se le-

vantaba maldiciendo y jurando de una manera que daba miedo oírle, mientras el otro tuno se reía á carcajadas. No pude escuchar mas; fray Severo estuvo anoche y hoy todo el día de un humor negro, habiendo descargado su furia en la pobre niña, causa inocente de su coraje.

—¡Infeliz criatura!.... ¡es preciso protegerla!.... exclamó Marciana.

—Te puedo asegurar que la quiero desde que ese tigre la aborrece, y haré por ella cuanto sea necesario.

—¡Oh! haz muy bien; y yo en nombre de la caridad te lo agradeceré infinito; por de pronto, á fin de proporcionarla alguna distraccion, es preciso conseguir la deje bajar todas las noches á distraerse un rato jugando á la lotería.

—Eso tú te encargarás de pedirlo.

—Ya subiré á la noche y entablaré la demanda en regla.

—Y lo conseguirás porque te pintas sola para hacer tu gusto. Marciana se quedó pensativa.

La tia Lentejas, arreglándose en la cabeza la blonda de su mantilla, dijo levantándose:

—¡Ea! adios, hasta la noche; yo me voy á las Cuarenta Horas.

—¡Dichosa tú..... que puedes frecuentar las iglesias! yo por no abandonar mis hijos, ahora que están en la peor edad, y por no dejar la casa, aquí estoy siempre, y gracias que voy á misa los días de obligacion.

—Verdaderamente eres una esclava de tu deber; esa ha sido la causa de no querer yo casarme, no me gusta la sujecion.

—¡Todo tiene sus contras, amiga Lentejas!.... y si no, ¿á qué echas de menos tu casa?....

—Eso sí; aquello de meterse una en su rincon y decir ¡aquí mando yo!.... es muy agradable. Por mi desgracia, hace muchos años abandoné mi cuartito, y desde entonces ando de puerta en puerta comiendo el pan ageno, que unas veces me dan de caridad, y otras como ahora lo gano con el sudor de mi frente.

—¿Y cómo fué abandonarla?... aun no me has contado aquello.

—Es una historia larga.

—¿Y secreta?

—Para tí no; te la referiré en globo, porque tengo prisa, dejando los detalles para otro día.

—Como gustes.

—Fué el caso, hija, que por ganar unos cuartos, me metí en una trapisonda que pudo costarme caro.

Un cierto conde á quien yo conocia de algun tiempo atrás, se presentó un dia en mi casa y me dijo si podria recibir en ella á una señora que estaba próxima á ser madre, asistiéndola y cuidándola con esmero; por cuyas atenciones se me recompensaria espléndidamente.

Como la avaricia rompe el saco, en cuanto ví un medio de sacar dinero, accedí á su pretension sin mas ni mas, no calculando al pronto que aquello pudiera ser un enredo de fatales consecuencias.

Yo me sostenia admitiendo huéspedes, y por entonces habia recibido en mi casa una familia procedente de Búrgos, que iban á establecerse en Madrid.

Ocupaban uno de los gabinetes de la sala; en el otro puse á la dama encubierta.

La llamo así, porque nunca supe su nombre, y mientras permaneci6 en mi casa, tuvo un velo por la cara.

En fin, vamos al caso: á los tres dias de instalarse en el gabinete, se le antoja echar al mundo aquel fruto de su amor, de su liviandad ó de su desgracia; como ignoro su historia, no puedo aplicarle el nombre propio.

Eran las doce de la noche, y me encontraba sola, ¡vaya un apuro! ¿Qué hacer en aquellas circunstancias y cuando la cosa debia hacerse con el mas inviolable secreto?... Para avisarle á él, tenia que decir su nombre, y llamando á un comadron, naturalmente sabria á dónde y cómo iba.

Luego no tenia espera, la tormenta se aproximaba, cogiéndome sola y desprevenida. No tuve mas remedio que decir al sereno, «venga en seguida un comadron», y á mi huésped, el atento burgalés, le rogué me hiciera el favor de ir á prevenir al conde para que acudiese en el momento.

Efectivamente, ni uno ni otro tardaron; pero cuando llegó el conde, ya teníamos un hermoso niño entre las manos. Ni siquiera le miró aquel padre descastado; llegó hecho una furia porque dije su nombre.

—¿Qué necesidad tenía el hombre que ha ido á buscarme, de saber cómo me llamo ni el acontecimiento que aquí me trae? me dijo con furia.

—Yo creí que no habria inconveniente, le contesté, porque la señora me ha dicho que estaban Vds. casados en secreto.

—¡Ha mentido la infame!.... ¡ni ella es mi muger, ni su hijo, mio! gritó mas encolerizado todavia.

Comprendí sería una picardía como hay muchas, y por no dar satisfaccion á la madre y nombre al niño, lo negaba.

En fin, me callé, dispuesta á seguir obrando segun las circunstancias. Cuando creí todo concluido, veo á mi buen caballero que hace subir dos mozos, colocan á la jóven en un sillón, y se la bajan á un coche.

—¿Qué es esto? exclamé con estupor.

—Esto significa, me contestó el conde, que me la lleve porque antes de amanecer entrará la justicia en esta casa y Dios sabe lo que sucederá.

—¡Pobre de mí!.... ¡yo pagaré sin culpa!.... dije llorando.

—Síguenos V. y náda tema; pero que sea en este momento y sin replicar.

—¿Cómo dejo mi casa?.... murmuré todavia indecisa.

—Abonaré á V. triplicadas todas las pérdidas que este acontecimiento le ocasione; conque, andando.... sin volver siquiera la cabeza.....

—Corriente, dije ya sin vacilar, y siguiendo á la dama encubierta, entré en el coche.

Al amanecer estábamos en Carabanchel.

—¿Y qué se hizo del niño? preguntó Marciana interrumpiendo á su amiga.

—Lo ignoro; el conde le tomó, salió con él y no le volví á ver. Nosotras nos encontramos en una casita dispuesta con todo lo ne-

cesario, se metió á la j6ven en la cama, yo me constituí en su enfermera; el conde me cumpli6 su palabra reiterándome con usura de la p6rdida de mis muebles; y dejando tambien á la se6ora una gruesa cantidad, se march6, y hasta hoy..... no he vuelto á saber su paradero.

—¡Oh! ¡qué horrible misterio encierra esa historia!.... dijo Marciana estremeciéndose.

—Cada vez que pienso en que pudo costarme caro, tiemblo... gracias que salimos bien..... aunque no del todo; porque aquella muger era una bribona.

—¿Qué hizo cuando se vi6 sola?

—Nada, cuidarse mucho, estar dos meses en Carabanchel rep6niéndose, y cuando se vi6 buena, desapareci6 de la noche á la ma6ana, llevándose todo mi dinero y dejándome la infame á pedir una limosna.

—¿Qué maldad!.... exclam6 Marciana.

—Ese fué el pago de mis cuidados. Cuando me vi sola, miserable y espuesta á que la autoridad mi pidiese unas cuentas que yo no podia dar, me vine á Madrid, fui á buscar al conde y me dijeron que se habia marchado á Ultramar.

Desde entonces he pasado mi vida con muchos trabajos: ya pidiendo limosna en la puerta de las iglesias, ó ya sirviendo, hasta que fray Severo me ha traído á su casa.

—¿Y cuánto tiempo hace que pasó esto?

—Te diré: fué el año 1826; el ni6o, si vive, debe tener ahora veintin años.

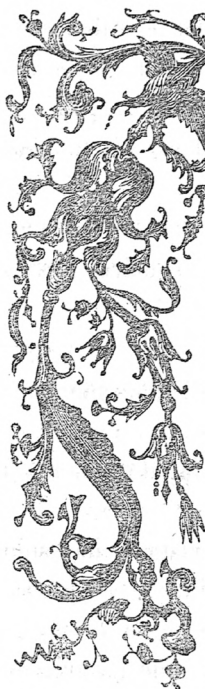
—¡Pobre criatura! ¿y tú no procuraste indagar qué habia sido de él?

—Cuando volví de Carabanchel á los dos meses, no quise pasar siquiera por la calle donde estaba mi casa, temerosa de que los vecinos me conociesen y me delataran á la autoridad; sin embargo, envié á una de mis amigas, y me dijo que el cuarto estaba desalquilado. Ignoro lo que pasó con el ni6o, con la casa, ni con la familia del burgalés, que quedaron allí, y de los que no he vuelto á saber una palabra.

Aquí concluy6 su relato la tia Lentejas, y marchándose á las Cuarenta Horas, dej6 á Marciana muy preocupada por lo que acababa de oír.

CAPITULO XIV.

Una visita.



ROGAMOS á nuestros amabilísimos lectores nos dispensen si no guardamos un órden riguroso en la narracion de estos sucesos. La multitud de acontecimientos y la gran variedad de personajes que en la obra figuran, nos obligan unas veces á retroceder, y otras á adelantarnos. Procuraremos, sin embargo, esPLICARNOS con la claridad posible, aunque para ello nos sea necesario repetir algunas veces lo que antes hayamos dicho.

Los dias de la marquesa de Blancarosa fueron el 24 de Julio, aquella noche tuvo baile; asistieron sus amigos, entre ellos la señora de Mendoza, sus sobrinos Zoa y Senen, acompañándolos tambien el conde del Olivo.

Blanca la Estranjera, teñida su hermosa tez con una pomada que la hacía aparecer morena, con cuyo color se asemejaba á la difunta marquesa de Blancarosa de una manera admirable, se presentó á D. Alvaro en la sala de los retratos y luego en el salon de baile, donde, á causa de la asombrosa semejanza que acabamos de